

## **PROFESIONALES DE LA PALABRA**

*Por Raúl Vallejo*

Discurso como representante estudiantil en la ceremonia de incorporación de la licenciatura en Castellano y Literatura, Universidad Católica de Santiago de Guayaquil

La palabra era en el principio. Cuando los seres existían apenas como gorjeos y murmullos de una naturaleza anónima, la palabra, dadora de existencia, fue nominándolos. Llamó maíz al maíz, quipu al cordón con nudos de colores, amigo a la mano que se extendió solidaria y no dijo vino sino chicha al fruto fermentado durante el ritual que conjugó la fiesta y lo religioso. Nombró dioses al atronador volcán que castigó el cielo con lenguas de fuego y la tierra con lava hirviente, al enorme astro que cubrió con su poderosa luz los campos trabajados por las manos que nunca disfrutaron las bondades del imperio; a las aguas que proporcionaron el alimento y cantaron, como soprano en plena madurez, a veces con furia, a veces con ternura, estrellándose contra las piedras o deslizándose sensuales en busca del agua mayor, fuente y generadora de toda vida. La palabra era y antes de ella, únicamente, la materia silente, innominada. La palabra era en el principio y también el ser humano: el primate mejor dotado que durante el primigenio proceso de trabajo fue convirtiéndose en aquel capaz de apropiarse de esa naturaleza, originalmente hostil, y dominarla, y transformarla, y convertirla en materia al servicio de la humanidad.

Soy —al igual que todos ustedes—, porque la palabra me permite decir y existo porque la palabra de mi padre fue capaz de nominarme y completar lo que en principio no nos diferencia de los demás seres del género. Sobrevivimos a una realidad violenta e irracional, donde los pueblos son llevados con facilidad con el taimado adulo del circo y las fieras o a la espera sin fin del cumplimiento de ofertas que son distribuidas como mercaderías japonesas en bazares navideños. Resistimos a un mundo donde las pasiones se enardecen y las máscaras se aferran convirtiéndose en rostros por donde se expresa, paradójicamente desnuda, la condición humana, siempre anhelante de amor y felicidad, siempre inmersa en odios e intrigas. El ser humano y la palabra, que se identifican íngrims e imbricados, se enfrentan a aquella realidad, a aquel mundo.

Ejercito en estas líneas la representación de la palabra. Me apropio, hasta cierto punto de manera arbitraria, en mi voz de la voz de aquellos a quienes nuevas batallas esperan con la sola arma de la palabra. Defender y mantener ese ancho espacio democrático generado por el proceso histórico, ese ejercicio constante de la crítica, esa utilización de la palabra para rasgar continuamente el velo del silencio, generador de olvidos, enemigo de la verdad.

Ha sido a través de la palabra que hemos desenmascarado las trampas de una educa-

ción bancaria, que aceptamos la sospecha como el inicio de toda verdad temporal, susceptible ella también de nuevas sospechas, que desentrañamos la historia de este lugar llamado patria, no como una linealidad de nombres empolvados y fechas señaladas con rojo en el calendario sino como un proceso de dos patrias permanentemente en guerra; a través de la palabra reconocimos a Dios, no desde el fanatismo estéril que la proclama enarbola y utiliza, a veces, como instrumento de embobamiento colectivo, sino desde la reflexión liberadora, puesta la mira en el más humilde de los hermanos: el de las bienaventuranzas; a través de la palabra cuestionamos nuestro rol como profesionales de la propia palabra.

Sé que la toma de la palabra no es un acto gratuito. Profesionales de la palabra: nuestra realidad se nos presenta como el espacio de una práctica socialmente responsable. Somos parte de un país en el que la sola promesa trinitaria de la demagogia oligárquica atiborró ojos y oídos de aquellos a quienes nos debemos y por quienes nos educamos, pueblo que un día convertirá lo sagrado en profano, y no será suficiente para poder apaciguar el hambre heredada de siglos de injusticias. Somos parte de la esperanza en un país donde cada uno tendrá la certeza de ganarse el derecho a ganarse el pan, y que hoy nos contempla con la sola arma de la palabra como arma de lucha.

¿Qué nos queda si no la lucidez? El desolado y único instante del pensamiento desentrañando la realidad. Pensar el mundo y transformarlo, es la consigna. Rescatar con la palabra los sentidos, signos dispuestos a ser descifrados, y devolverlos enriquecidos, multiplicándose en un juego que no quisiéramos ido de nuestras manos pero que, inefable, transita su ruta con independencia.

Si en el principio era la palabra y también el ser humano, en el principio, necesariamente, fue la acción. De ella venimos y solo en ella nos realizamos: seres de transición, la esperanza es en nosotros.

*Guayaquil, noviembre de 1984*